

Siempre que encontramos un grupo de creyentes en el Nuevo Testamento, vemos que no solamente salían juntos a trabajar en la obra o a extender el Evangelio, sino que, entre ellos, se notaba un amor supremo que los unía. Este amor, que venía del Señor, hacía que dejaran sus diferencias de lado, se animaran unos a otros y compartieran buenas y malas experiencias, sabiendo que era más fuerte el lazo que los agrupaba que cualquier cosa humana que quisiera separarlos. Sin embargo no todas fueron rosas en el camino, y hubieron algunas discusiones y discrepancias como las de Pablo y Bernabé cuando estaban eligiendo un ayudante o las de Pablo y Pedro en cuanto a las relaciones fraternales con los gentiles, pero, no importa cuáles hayan sido, siempre se resolvían priorizando la unidad que hace que el pueblo de Dios crezca. Es, en definitiva, poner en acción el amor que decimos que nos profesamos al llamarnos hermanos y que el mundo pueda verlo y encontrarnos diferentes.

Quienes se han acercado a la Iglesia Bethel siempre han destacado lo bien que fueron recibidos. Muchos de ellos, incluso recuerdan las personas que los saludaron por primera vez y cuáles fueron las palabras de bienvenida. Pero esto es solo el comienzo en cuanto a una relación fraternal. Es necesario crear un ambiente de compañerismo cristiano, que debe renovarse en forma continua.

Muchas fueron las actividades que se realizaron a través de los años en nuestra Iglesia para trabajar en ese sentido. Si viajamos en el tiempo, algún tiempo atrás sin duda podremos rememorar los campamentos que se realizaban en forma invariable, todos los años. Era realmente un gran acontecimiento para todos, en donde abundaban la alegría y los buenos momentos. Se organizaban con mucha anticipación porque se cuidaba cada detalle para que todo saliera excelente. Se elegía el director, que a su vez elegía a los colaboradores. El equipo de cocina viajaba un día antes para preparar todo y esperarnos con sus exquisiteces. Un grupo de hermanas iba con todo su equipo de ollas y cucharones, planeando los platos y organizando todo para que cada uno pudiera estar bien atendido. Luego llegaba el colectivo que nos dejaba a todos, aunque muchos hermanos iban con sus autos, para hacer las compras diarias. También algunos llegaban a compartir un día, de los tres o cuatro que generalmente pasábamos juntos, por motivos de trabajo, porque nadie quería perderse estos encuentros.

La gran mayoría de las veces utilizábamos la Villa Bautista de Oliveros y, en algunas oportunidades la Casa del Encuentro de Maciel. Las mujeres íbamos por un lado y los hombres por el otro. Las mamás con los niños dormían todos juntos, porque en las habitaciones donde estábamos las jóvenes, no se dejaban de escuchar risas y charlas, siempre acompañadas de buenos mates. Los horarios eran estrictos. La parte más dolorosa era levantarse temprano, pero nos esperaba siempre un rico desayuno con pancitos frescos y mermelada, que nos daban las fuerzas para el día que comenzaba. Después venían los estudios. Siempre teníamos algún invitado especial que se preparaba para traernos la Palabra de Dios en esos días. Es hermoso estudiar la Biblia rodeados de naturaleza y silencio, simplemente con el cantar de los pájaros de fondo. Enseguida venía el almuerzo. Como dijimos, la imaginación de las hermanas de la cocina no tenía comparación porque las comidas no solamente que eran siempre variadas, sino que se ingeniaban para sorprendernos hasta con postres caseros. A la tarde, algo de deporte, y competencias, generalmente en equipos y luego, el segundo estudio del día. Realmente aprovechábamos todas las horas al máximo para crecer espiritualmente. A la noche, después de la cena, estaba el momento donde todos nos divertíamos a lo grande: la hora amena. Se leían cartas del amigo invisible, se preparaba un boletín que contaba las cosas que se habían vivido durante el día, y varios hermanos sacaban a relucir sus dotes actorales y cómicas, porque se armaban unas representaciones que eran desopilantes. Pudimos ver desde el dúo Pimpinela por Gabriela Gaitán y Marisa Fiorenza, hasta

desfiles de modelos con todos los hermanos Alastra (Claudio, Sergio y Samuel) y Miguel Ángel López entre otros y reconstrucciones de las declaraciones de amor de Remigio a María Ester Prieto, hábilmente interpretadas. También se armaban juegos y mateadas, que terminaban tardísimo, pero que nadie se quería perder. ¡Cuántos recuerdos de aquellos días! Muchos de los hermanos que estarán leyendo estas líneas, dejarán viajar su mente rememorando tan buenos momentos pasados juntos. Eran verdaderos momentos de koinonía, y había un antes y un después de estos campamentos en las vidas de todos nosotros. El trabajo que muchos hermanos habían estado realizando durante un buen tiempo, mostraba sus resultados que se traducían cuando, con pilas recargadas, volvíamos a servir al Señor con todas nuestras fuerzas.

También podemos mencionar muchos otros encuentros como las cenas de fin de año, los festejos de muchos cumpleaños, los feriados en donde se organizaban salidas para pasar el día juntos, y tantas otras oportunidades. Todo motivo era y es bueno para reunirnos y compartir, porque esto nos permite conocernos mejor, charlar en profundidad, contarnos nuestras cosas íntimas, sabiendo que quien tenemos adelante es realmente nuestro hermano.

No podemos dejar de mencionar dos viajes realmente importantes que se organizaron desde el Ministerio de Compañerismo, cuando nuestra hermana Betty de Tamagna era su directora. Veníamos de tener campamentos, casi en forma regular, y sabíamos que implicaban de gran trabajo y mucho planeamiento. Se presentaba ahora el desafío de hacer algo inédito. Pero, poco a poco, con mucho esfuerzo y sobre todo, con mucha dedicación se hace posible. Lo que había comenzado como un proyecto prácticamente inalcanzable, fue llevado a cabo no una, sino dos veces.

Las primeras vacaciones que se organizaron para la Iglesia fueron en julio de 1996. Durante una semana, un colectivo lleno de hermanos se trasladó a Paraguay, más precisamente a San Bernardino, un lugar preparado para retiros y perteneciente a la congregación menonita. Era un paisaje hermoso, lleno de árboles, cercano a un lago y con muchas comodidades. Decimos que eran vacaciones porque la única persona de la Iglesia que trabajó fue Betty de Tamagna, que estaba pendiente para que todo resultara perfecto. En Paraguay habían estado preparando todo Noemí y Ernesto Simari, coordinando todos los detalles. Un equipo de cocina de hermanas paraguayas preparaban la comida, y pudimos probar varios platos típicos hechos por manos expertas. Pero lo mejor de todo fueron las excursiones. Se habían organizado salidas para casi todos los días, y eso fue lo que lo hizo verdaderamente inolvidable. Fuimos a visitar las Cataratas del Iguazú, y contemplamos una de las obras más maravillosas de la creación de Dios; fuimos a Ciudad del Este y conocimos todos sus comercios; nos sacamos fotos en el punto tripartito, donde se unen los países de Argentina, Paraguay y Brasil; visitamos la ciudad de Asunción y tantos otros paseos más que llenaron nuestros ojos y guardamos en nuestro corazón. Pero no se desperdiciaron ninguno de los momentos. Los viajes en colectivo eran encuentros de truco y mate, películas para los niños, y charlas sin fin. En las noches teníamos desde fiestas de disfraces, hasta veladas de canciones. Fueron unos días que quedarán guardados en nosotros para siempre.

Como estas vacaciones estuvieron tan geniales, todos los hermanos querían una “segunda vuelta”. Esta vez, para hacer algo totalmente diferente, se organizó en verano, y en la playa. En enero de 1998, el destino elegido fue La Tuna, en Uruguay. Allí hay un predio de la Convención Bautista del país vecino, en donde teníamos a disposición cómodas habitaciones con baño privado. Las mesas ubicadas en el parque, servían de escenario para las charlas y juegos que luego se compartían. También estaban incluidas excursiones para conocer los lugares alrededor, ya que este pueblo está ubicado muy cerca de la ciudad de Punta del Este y Piriápolis. No creo que nadie pueda olvidarse

cuando pararon en una playa esteña, y bajaron con el almuerzo para organizar un pic-nic allí. ¡Cuántos buenos recuerdos! Nuestra querida Betty trabajó hasta el cansancio, y un poco más allá de sus fuerzas, pero recibió el agradecimiento de cada una de las personas que compartieron estos viajes, lugares que muchos de ellos ni soñaban con conocer y que pudo hacerse realidad.

Los jóvenes no quisieron quedarse atrás, y ellos también organizaron sus vacaciones en la Villa Bautista de Villa Giardino. Juntos pasaron una semana de verano en las sierras cordobesas visitando los parques de juegos; las ciudades de La Falda, Cosquín, y otras, disfrutando el sol y los paisajes incomparables de nuestra provincia vecina. Es bueno cuando encarar nuevos desafíos nos hace poner “toda la carne al asador”. Ponemos lo mejor de nosotros para que el resultado sea inmejorable, y Dios se agrada de ello, porque es una manera de demostrar que estamos dispuestos a comprometer todo de nosotros para llevar adelante una actividad.

¡Qué lindo es cuando nos movilizamos con grandes proyectos! Pero, lo verdaderamente bueno es que nos guste y busquemos pasar tiempo en compañía, los unos con los otros. El mate es una buena excusa para charlar, los paseos nos permiten compartir de muchos momentos gratos, las noches son ideales para abrir nuestros corazones a nuestros hermanos. La Iglesia primitiva tenía todas las cosas en común. Los primeros creyentes necesitaban estar juntos para ser más fuertes, por eso la unidad se menciona como un motivo de oración de Jesús por los suyos. Él sabía, conocedor de todas las cosas, que cuando los cristianos están juntos, ya sea divirtiéndose o trabajando, Dios envía bendición para su pueblo. Esto que sucedía en la antigüedad, y que podemos encontrar en la historia de nuestra Iglesia también nos alienta a seguir. Primeramente reconocemos a los que entre nosotros trabajaron para que la unidad del cuerpo de Cristo sea posible, brindando todo de ellos: su tiempo, sus dones, su esfuerzo, su dedicación. Vaya nuestro agradecimiento de corazón. Pero también que esto nos sirva de impulso y aumente nuestros deseos de servirnos y brindarnos unos a otros, amándonos tal cual somos y viéndonos con los ojos del Señor Jesús. Solamente así cada uno permitirá, construyendo con sus actos, que el verdadero compañerismo fluya en nosotros y sea una realidad permanente.